

ocasionado á desmoronarse en cuanto tuviera un fuerte contratiempo, y todavía es digno de admiracion que se retardara tanto su caída; lo cual revela el mérito de muchos de los caudillos que supieron utilizar los defectuosos elementos de que disponian, deteniendo por largo tiempo la última catástrofe.

Componíanse, como queda dicho, los ejércitos de Cartago de soldados mercenarios que se enganchaban en diferentes países; y si bien intercalaba el gobierno cartagineses en los cuerpos, tenía que ser en notable desproporcion, pues hubo caso en que solo se contaron dos mil quinientos en un total de setenta mil hombres, segun dice Diodoro de Sicilia. El núcleo, lo escogido de esas tropas, procedia de los pueblos tributarios de Africa, á los que Polibio llama libios, que peleaban á pié ó á caballo con largas picas, hasta que Anibal las suprimió despues de la batalla de Trasimeno, dándoles armas romanas. Los galos y los españoles eran tenidos por los soldados de más disciplina en aquellas masas heterogéneas, y de ordinario servian en la infantería pesada: los primeros, que desde un principio se enganchaban en las tropas de la República, iban desnudos hasta la cintura y manejaban una especie de sable: la Italia engrosaba los mercenarios dando liguros y campanienses: las islas Baleares les facilitaban un contingente de mil honderos, cuyas piedras, arrojadas con gran destreza, rompian broqueles y corazas; y de la Grecia iban cuerpos enteros á sueldo, como se vió en la primera guerra púnica. Pero lo que hacia la especialidad más célebre en aquel estado militar, consistia en la caballería, procedente de las tribus nómadas de todas las comarcas, incluso las muy lejanas, adonde iban comisionados para contratarla. Esos ginetes nómadas ó númidas, que constituían lo que hoy se llamaria una caballería ligera irregular, se asegura por los historiadores que manejaban los caballos sin sillan ni frenos, estando acostum-

brados á que así los obedeciesen en sus rápidos movimientos, quedándoles libres los brazos para disparar flechas; la piel de un leon ó tigre les servian de traje y de cama, y cuando peleaban á pié usaban por escudo un pedazo de cuero de elefante. La ligereza de los caballos, que los hacia temibles en el ataque, les sustraía tambien del enemigo en la huida, pues no tenia entre ellos nada de vergonzosa; así como tampoco la deserccion se consideraba crimen á consecuencia de una derrota, siendo frecuente que se marcharan muchos á sus domicilios, sin perjuicio de volver más adelante á incorporarse ó pasar al servicio de la causa contraria.

Otro tanto que de los númeridas puede decirse de los mauritanos, sus vecinos y sus semejantes en costumbres, sobriedad é instinto guerrero, que igualmente montaban y manejaban sus caballos; que peleaban como infantes y ginetes, usando espadas, lanzas cortas, arcos para flechas, y escudos de pieles de fieras.

El elefante era tambien un poderoso elemento de guerra que utilizaban, habiendo por entonces abundancia de ellos en Africa, y haciéndoles servir en los ejércitos conducidos por etiopees ó negros del interior. Los hemos visto figurar muy principalmente en las primeras guerras descritas y todavía desempeñar un importante papel en la campaña de César, sin que apenas en las posteriores vuelvan á ser mencionados; pues tal vez á ese mismo empleo que se les dió, y más á la necesidad de proveer á los circos de Roma, se deberia la sucesiva disminucion y la completa extincion de la casta. El gran número de esos animales que hubo en el Africa del Norte, se acredita por los que dicen los historiadores que acompañaban á los ejércitos de Cartago y por los que se enviaban fuera del continente: cuando Lucullus hacia la guerra en España, mandó á Escipion á que pidiera algunos á Masinisa, y regresó con ellos, y Micipsa facilitó igualmente diez para el ejér-

cito romano que combatia á Viriato en la Península, el año 610 de Roma (142 antes de J. C.). El general Armandi, en su obra *Histoire militaire des elephants*, opina que la desaparicion total de ellos debió ser entre los siglos III y VI, pues que segun el texto de Isidoro no existian ya á principios del VII.

Una parte de las tropas asalariadas servia siempre guarneciendo algunas islas y provincias, mientras las demás se contrataban por tiempo limitado, segun las circunstancias, obligadas á seguir el destino que se las diese.

Las escuadras y ejércitos de la República tenian sus distintos generales, mas en operaciones á que concurrían simultáneamente fuerzas marítimas y terrestres, tomaba el mando superior aquel á quien se confiaba el del ejército.

Vencida y aniquilada Cartago, no aspiró desde luego Roma al dominio directo del Africa; se contentó, por lo pronto, con lo que se llamó *La Provincia*, y cuidó de asegurarse en los demás Estados una eficaz influencia para adquirir algun dia mayor engrandecimiento. La guerra de Yugurta fué despues un gran paso hácia la adquisicion total; pero aún se detuvo el Senado, reduciéndose á decretar el ensanche de la Provincia y organizar á su devocion otros Estados; vinieron luego las guerras civiles y el triunfo de César, y bien que, en su consecuencia, se dilataron los límites de la posesion romana, todavía prosiguieron á su amparo los reyes africanos, para ir trasformándose insensiblemente en feudatarios, en súbditos y prefectos de la República.

A los pocos años de verificada la conquista de Argel por los franceses, escribia á este propósito *Dureau de la Malle*: «Es inútil recordar á la impaciencia y ligereza »francesa el ejemplo de la constancia y de la prudente tenacidad de los romanos en la conquista de Africa. Se »admiran de que en cuatro años no se haya sometido, organizado, saneado, cultivado toda la Regencia de Argel,

»y se olvidan que Roma empleó doscientos cuarenta años
 »para reducirla al estado de Provincia sujeta y tributaria;
 »se olvidan que esta manera lenta de conquistar fué la
 »más sólida base de la duracion de su poder.» Y es una
 gran verdad: los romanos marcharon paso á paso en sus
 adquisiciones de Africa; pero guiados siempre por una
 misma política, el adelanto fué seguro, aunque lento. En
 el bosquejo que contienen nuestros primeros capítulos se
 demuestra, como expresa el autor ya citado, «la prudente
 »circunspeccion, la paciencia perseverante que creyó de-
 »ber emplear la República romana en la conquista, la
 »ocupacion y la colonizacion de la Numidia y de la Mau-
 »ritania cesariense, y cuenta que fué en el apogeo de su
 »poder, en los tres siglos más fecundos de grandes capita-
 »nes y de hombres de Estado distinguidos; cuando el ejér-
 »cito tenia la confianza que dá una instruccion superior y
 »ocho siglos de victorias; en el período, en fin, comprendi-
 »do entre la época del primer Escipion y la de Corbulon,
 »cuando vencedores como Mario y Sila, César y Pompeyo,
 »Augusto y Agripa, juzgaron esta lentitud necesaria; y
 »entonces que esa parte de Africa era más poblada, más
 »agrícola y aún más civilizada que en nuestros dias; y
 »entonces, que profesando una religion casi idéntica no
 »tenian que triunfar de un obstáculo enorme, les pareció,
 »sin embargo, peligrosa y difícil de subyugar.»

Todos los recursos de su inteligente y sagaz política
 empleó Augusto en su largo reinado para triunfar de las
 resistencias de la independenciam de Africa. Quiso hacerla
 otra Italia, y aunque semejantes trasformaciones, caso
 de ser posibles, requieren algunos siglos, procuró en
 cuanto era dable acelerarla por medio de la influencia, de
 la colonizacion y de las armas; la empresa tenia que lu-
 char, como luchó Cartago, como despues lucharon los
 vándalos, los bizantinos y los árabes, y como en siglos
 posteriores la España, el Portugal y la Francia con gran-

des contrariedades, hijas unas de la extension y cualidades del suelo, otras de las costumbres, idiomas, preocupaciones, carácter y barbarie de los naturales; así es que, á pesar de sus cincuenta y ocho años de imperio, solo consiguió ver comenzada la grandiosa obra, legando á sus sucesores el camino abierto, vencido lo más peligroso y sentada la base sobre que deberian proseguirla sin abandonar la preciosa máxima de *perseverando vincit*, que sirvió de emblema á Roma en su conducta exterior.

Hasta que aquellos sumisos soberanos de Africa (*Reges inservientes*) á quien Augusto concedia ó arrancaba la investidura y los dominios, cumplieron su mision; cuando pasaron dos reinados sucesivos de príncipes casados con romanas; cuando las colonias civiles y militares infiltraron bastante en el país el uso de la lengua y las costumbres del pueblo conquistador, y despues de bien preparadas todas las vías, no decretó el Senado la reunion de la Numidia al Imperio y que las dos Mauritancias quedasen como provincias proconsulares. Pero antes sacaba ya provecho de aquellos reyes á la sombra de su proteccion; pues anticipábanse á sus deseos, enviaban á Roma cereales y dinero, y sus elefantes y excelente caballería iban á lejanas guerras como auxilio importantísimo.

Es admirable y muy digna de profundo estudio esa marcha simultánea del influjo de la política y de la accion de las armas romanas en Africa: á un tiempo fundando centros de poblacion y establecimientos agrícolas y comerciales; multiplicando fortalezas y campos militares permanentes en situaciones oportunas para la vigilancia y seguridad del territorio; y abriendo caminos que ligaban aquellas estaciones y los lugares de las colonias pacíficas, consolidaban y extendian dia por dia su autoridad por ese sistema que Ciceron definió *propaganda de la civilizacion romana*.

El progreso de su dominacion tenia, sin embargo, que

encontrar obstáculos, era imposible que se verificase sin choques; estaba en el orden natural que ocurrieran frecuentes revueltas, sediciones y guerras, como lo acreditan nuestros capítulos; y que las tropas romanas con las auxiliares de indígenas, que en número de quince á veinte mil hombres organizaron desde un principio, se emplearan en perseguir y castigar á los rebeldes ó en vigilar á los que intentasen levantar el espíritu contra el extranjero. Desde Augusto hasta el primer Antonino, en el espacio de casi dos siglos, bastaba una legion romana (salvo alguna que otra ocasion) para guardar el país y servir de apoyo á los auxiliares: más tarde, debilitado el Imperio, decayendo las condiciones de sus ejércitos y sucediéndose los movimientos insurreccionales, tuvieron que aumentarse. Ordinariamente ocupaban las ciudades principales y los puntos estratégicos, y se establecian los cantones de las tropas indígenas en posiciones avanzadas ó en localidades insalubres para los jóvenes soldados que procedian de Europa.

En muchas inscripciones de las encontradas recientemente, algunas de las cuales en los mismos lugares, sobre los visibles restos de las vías de comunicacion, entre las ruinas de ciudades, municipios ó campos militares, se leen designadas las legiones que trabajaron en tal obra, que guarnecieron cierta localidad y que asistieron á determinadas expediciones; y á eso se deben varias noticias, como por ejemplo, que en *Lambesa*, á veinte leguas al Sur de Constantina, estuvo mucho tiempo la tercera legion; porque su situacion era importante, militarmente considerada, como hoy lo es para los franceses, á fin de mandar en aquella comarca meridional; razon por la que la rodearon de fortificaciones y sirvió de nudo á diversos caminos que allí se cruzaban.

Hácia los últimos años de la dominacion romana estaba el mando militar de Africa bajo la dependencia del maestre general de infantería, que residia en la córte, con-

fiado á un conde que se adornaba del título honorífico de *respectable*; teniendo como adictos otros dos condes ó duques para las fronteras, uno en la de la Mauritania cesariense y otro en la tripolitana: además habia igualmente establecido un conde en la provincia tingitana. Cada cual de esos jefes superiores ó generales disponia de una dotacion de tropas de infantería y caballería organizadas en legiones y en álas ó escuadrones, contándose doce de las primeras y diez y nueve de los segundos á las órdenes del conde de Africa; y cuatro legiones con cinco escuadrones á las del de la provincia tingitana; todos cuerpos regulares que guarnecian las capitales y ciudades principales, de donde partian para las operaciones cuando tenian lugar. Para las fronteras, y sumisas á los respectivos condes ó duques, existian acantonadas en puntos fijos las tropas irregulares bajo el mando de *prevostes*; de los cuales habia diez y seis en Africa, ocho en la Cesariense y catorce en la Tripolitana; la provincia tingitana tenia tambien seis cohortes y una ála de soldados sedentarios establecidos en siete acantonamientos por el litoral.

Siendo esta dominacion romana la más prolongada de las que comprenden las épocas de referencia, y tantas y tan variadas las guerras que sostuvieron las legiones, han sido con todo fundamento estudiadas en nuestro tiempo por los franceses, que se ven en el mismo país siguiendo sus huellas: sus trabajos nos facilitan esta parte del que emprendimos y completan é ilustran los textos de los antiguos historiadores.

Muchas páginas pudieran dedicarse á deducir reflexiones de las campañas bosquejadas; pero como en cada capítulo se acompañaron algunas y queremos ser sóbrios, nos limitaremos aquí á ciertas observaciones generales entresacadas de las que hemos leído más apreciables. Por desgracia no existen datos suficientes para conocer y juzgar las campañas de Balbo, Cossus, Suetonio-Paulino,

Geta, Flaco, Julio-Materno, Turbo, Furio-Celso, Probo, Maximiano, Teodosio, Mascizél y Bonifacio, algunas de las cuales por su importancia y por el territorio (hoy Marruecos) en que tuvieron lugar, merecerian para nosotros particular interés; teniendo, por consiguiente, que limitarnos á las descritas, cuyos pormenores debemos á Polibio, Salustio, Hircio y demás autores citados.

En la guerra contra Yugurta, y en muchas de las sucesivas, contaban los romanos con la gran ventaja de poseer la provincia proconsular ó de *Africa propria*, de la que partian como base segura de operaciones, donde tenian sus abastecimientos y plazas, y donde en todo caso encontrarian amparo despues de una retirada. Dirigiendo las marchas segun el objeto que se proponian, por las montañas, por el litoral ó por la region del Sur y de las altas planicies, iban siempre dominando las gargantas y los valles que más se prestan á la resistencia; al contrario que los conquistadores modernos, cual los franceses en los primeros años de su establecimiento en Argel, que no podian ménos de operar desde la costa al interior.

La práctica de la guerra tiene ejemplos de buena enseñanza en estas de los romanos en Africa, para toda clase de operaciones. Desembarcos; utilidad de los reconocimientos; importancia relativa del terreno; campamentos; trabajos defensivos; sitios y ataques de plazas; sorpresas; largas marchas por países desconocidos, montañosos ó llanos, poblados ó desiertos, secos ó pantanosos; empleo de las distintas armas y especialidad de tropas; ventajas de los órdenes tácticos; superioridad de la instruccion, de la disciplina y moralidad de las tropas; y por último, demostraciones evidentes del valer de la política, de la cordura, prevision y sagacidad para alcanzar la victoria.

La época de la grande insurreccion acaecida hácia el año 297, supone el distinguido escritor *Mr. Berbrugger*,

que marca el verdadero principio de la decadencia del Imperio en Africa, pues aparecen desde entonces indicios de que se retiró la línea de la dominacion en el interior para acercarse al litoral, se abandonaron muchas estaciones y probablemente llegó á constituirse en independencia reconocida todo el macizo montañoso del Jurjurra, que forma hoy el núcleo principal de la Kabilia. Sin embargo, tal era su asiento, que todavía se prolongó más de un siglo su caída, á pesar de los continuos disturbios y sublevaciones, del funesto encono de las sectas en que se dividieron los cristianos, y principalmente de los abusos y relajacion de los mandatarios.

Tantos años de hazañas, tanta sabiduría y tantas obras públicas que habian trasformado el país, poniéndolo, en mucha parte, al ígual de cualquiera de los mejores de la Europa romana por su riqueza, ciudades, monumentos y civilizacion, vino á perderse en un instante, y con su pérdida experimentó la humanidad uno de los mayores retrocesos, una de las crueles calamidades que la han afligido; porque ya no volvió á restablecerse aquella desdichada tierra á semejante grado de esplendor. La visible decadencia del imperio de Augusto habia de conducirlo á su fin; y al decir decadencia nos referimos en primer lugar á la que concierne á la milicia, pues la catástrofe de los romanos, como luego la del reino que fundaron los vándalos y como la dominacion bizantina, acreditan la sentencia del filósofo inglés Bacon: *«Cuando un pueblo, teniendo grande estado militar, descuida las armas y cae en la molicie, atraerá sobre él la guerra por todos lados. Un imperio que degenera, solo sueña en las riquezas, lo cual es un cebo para sus vecinos, que cogiéndolo en momento de debilidad lo conquistarán pronto y harán su presa.»*

Discurriendo acerca del mismo asunto otro escritor moderno, Mr. Delacroix, al tratar sobre la colonizacion y administracion de los romanos, dice así: «Todas las cau-

»sas que trajeron su ruina en Europa fueron de rechazo
 »al Africa y contribuyeron eficazmente á socavar los fun-
 »damentos del poder romano en aquellas comarcas en
 »que parecia sólidamente establecido. La introduccion de
 »excesivo número de extranjeros en el ejército, *la relaja-*
 »*cion de la disciplina y la extincion del sentimiento del deber*
 »*y del honor en el soldado, la enervacion del valor*, entraron
 »tambien por mucho en el desastre final. Dos combates
 »bastaron para hacer á los vándalos dueños del Africa; y
 »si bien es verdad que la traicion del conde Bonifacio le
 »abrió las puertas á Genserico, lo es igualmente que
 »cuando desengañado de la falsa intriga de Aecio resolvió
 »reparar su crimen muriendo con las armas en la mano,
 »se encontró con que el ejército degenerado opuso mez-
 »quina resistencia á las hordas bárbaras que vomitó la
 »España en los bordes del Mediterráneo. Si se objeta que
 »noventa y cinco años despues emprendió Belisario la
 »reconquista con diez mil infantes y cinco mil ginetes, y
 »que venció, hay que responder que el ejército contrario
 »estaba ya más degenerado aún que sus propios soldados,
 »pues segun todos los historiadores, los vándalos, bajo
 »el influjo del clima africano y de hábitos afeminados,
 »llegaron en poco tiempo al último grado de debilidad y
 »de nulidad. Pudo vencerlos Belisario fácilmente, pero el
 »éxito no prueba gran cosa en favor de sus tropas. Un
 »poco más tarde, á pesar de los efímeros triunfos de
 »Salomon sobre las masas indígenas indisciplinadas,
 »vemos al ejército conducido por Juan no poder soportar
 »la sed, ni el hambre, ni el calor, ni la fatiga y dejarse
 »vencer por aquellos ginetes que Mario, Dolabella, Sue-
 »tonio, Teodosio y tantos héroes de otra época habian
 »aniquilado con un puñado de soldados.
 »Otras causas obraron no ménos poderosamente, y en
 »primer lugar el poco caso que los romanos hacian de
 »los indígenas y el aislamiento en que los dejaron. La

»hostilidad permanente de esos hombres vigorosos y
 »llenos de ardor fué, cuando sus armas se enervaron, el
 »peligro más terrible en la hora suprema del desenlace:
 »tal era el desafecto para los romanos, que al aparecer
 »los vándalos, dejaron hacer, indiferentes al resultado, y
 »al presentarse Belisario ninguno se le unió voluntaria-
 »mente.»

Los sucesores de Genserico dieron en la manía de sostener el bosquejo de organismo militar que les dejó; lo que unido á la molicie y relajacion en que cayeron pronto, aceleró su ruina: la repugnancia que tenían á la infantería y al resguardo de fortificaciones en ningun punto, adoptada casi como principio, era natural les atrajese desastres mayores que los que ya experimentaron varias veces de los indígenas, en cuanto un ejército regular y bien mandado pisara el territorio. Y lo mismo que de sus disposiciones militares, se puede juzgar de la conducta política que observaron: el reparto de las mejores propiedades á los vándalos conquistadores y el apoyo decidido á los sectarios heréticos pudieron por lo pronto darles ventajas; pero el despojo, el excesivo rigor y la sangrienta persecucion en que se empeñaron contra los católicos, junto con el desden con que miraban á los indígenas cuando se creyeron dueños del Africa y vieron concluido el poder de Roma, les levantó enemigos muy temibles, de que tarde se apercibieron, quedando solos para combatir como si fuesen extraños al país, como si ningun lazo les ligara allí todavía, cuando iba á cumplirse un siglo desde su establecimiento.

Una observacion notable se ha hecho respecto á la breve dominacion de los vándalos, que debemos reproducir: recién instalados en Cartago crearon, ó mejor dicho, improvisaron una marina y lanzaron sus buques por el Mediterráneo con tripulaciones compuestas en parte de indígenas; las expediciones que de este modo llevaron á

cabo para saquear las costas de Italia y Grecia, para dedicarse al corso difundiendo el terror entre los navegantes, para apoderarse de muchas islas y hasta para llevar un ejército á Roma, es cosa en verdad admirable, no solo por sí misma, sino porque parece revivia con ellos el instinto y la propension marinera de los cartagineses; instinto y propension que en siglos posteriores se vió renacer á poco de ocupar los árabes aquel territorio, y cuando los turcos dominaron el litoral: ¿será acaso cualidad que la naturaleza comunique á sus poseedores, á condicion de que les sea precisa para mantenerse allí?

Del conjunto de incidentes ocurridos durante el período de la restauracion imperial bizantina, y de su fin, dos reflexiones se deducen muy principales. Los hombres aprovechan poco de los ejemplos de la experiencia cuando entran en el camino de la degradacion; y por eso los greco-romanos no solo incurrieron en los mismos vicios y abusos que sus predecesores, sino que les excedieron, y al propio tiempo se alejaban más cada dia de la organizacion compacta, del vigor, firmeza, instruccion y espíritu que enaltecieron las legiones de Roma. Por otra parte, la índole movediza de los naturales, propensa á sacudir el yugo extranjero, apenas dejó pasar un año sin manifestarse y sin anunciar á sus dominadores que la paz y la fusion de razas no la lograrían jamás.

La escasez de historiadores del Imperio de Oriente que refieran la última época de la ocupacion de Africa, es un indicio claro de decadencia, así en las letras como en las armas, pero más evidente de que los sucesos le eran funestos: de haber triunfado de los árabes, de haber brillado un general como Belisario ó Juan Troglita, probable es que no les hubiera faltado un Procópio ó un Corippus para ensalzar sus proezas, aunque fueran en rudo estilo contadas. Desgraciadamente, los pormenores que conocemos de la caida del poder bizantino y de las expe-

diciones de los árabes, son las que éstos consignaron en sus crónicas, de la manera peculiar á su carácter y al género de la literatura oriental de los musulmanes, tan parcas en circunstancias importantes como extensas en episodios y exhortaciones, y como confusas en el método; por lo que, siendo poco lo que enseñan, confirman no obstante la impericia de sus enemigos, demostrándonos que á eso y al intrépido valor que los impulsaba el espíritu religioso de que iban poseidos, debieron sus victorias, no á la bondad de principios militares nuevos, ni á la práctica del arte antiguo de la guerra.

Cuando estos últimos invasores quedaron dueños de la tierra, empezaron á experimentar lo que todos los que antes la dominaron: los efectos de la índole de los naturales; inquietudes, sublevaciones y guerras desoladoras que les pusieron al borde de perder sus primeros extraordinarios adelantos; pero la perseverancia, la fé religiosa y el partido que de ella sacaron en el país, les hizo al fin triunfar y consolidar su establecimiento, identificándose en gran parte con los pueblos y razas vencidas, en notable ventaja de cuantos les precedieron en la conquista y de cuantos la han intentado con posterioridad.

Los disturbios interiores, los alzamientos, la separacion de Estados y dinastías en que se fueron dividiendo, mantuvieron en Africa guerras continuas, todas muy semejantes en sus procedimientos, de que poco hay que aprender por las relaciones que existen, como no sea el ver en ellas los mismos rasgos de especialidad, característicos del país y de sus naturales, y á númidas y mauritanos, gentiles ó cristianizados, y á bereberes y árabes mahometanos.

Las empresas acometidas desde Europa despues del establecimiento de los árabes en Africa, empezando por la que en 1087 promovió el papa Víctor III y siguiendo por las de los normandos, sicilianos, genoveses, franceses

y aragoneses en los dos siglos posteriores, aunque más marcadamente la dirigida á Túnez en 1270 por el rey San Luis y la que acaudilló en 1390 el duque de Borbon contra Mehedia, reseñadas en el capítulo VII, dejaron impresa la pauta, así puede decirse, de las que en larga série iban á verificarse en otros cuatro centenarios; pues, en efecto, al examinarlas encuéntrase harta semejanza en casi todas por la ligereza, la vaguedad y lo indeterminado del pensamiento; por la escasez é irregularidad de los medios; por la impericia, muchas veces, en la ejecucion; por las dudas ó variaciones en la política con los indígenas, y por la falta de fijeza ó perseverante decision para aceptar las consecuencias.

De todos modos, el estudio de las varias dominaciones y guerras á que en este rápido bosquejo nos referimos, así de las mejor conocidas por sus respectivos historiadores, como de las que confusamente describen las crónicas, creemos acredita: PRIMERO, *que la razon y la importancia moral de la causa, representada en la fé, en el espíritu y vigor de las tropas y de los pueblos, entran como factor positivo, casi siempre indispensable, para el éxito de las grandes empresas y para asegurar beneficios duraderos á la victoria*: SEGUNDO, *que la verdad de los principios y preceptos del arte de la guerra nunca resulta desmentida en los acontecimientos históricos, sean de próspera ó adversa fortuna*; y TERCERO, *que áun entre las masas, sin la organizacion, instruccion y disciplina de los ejércitos regulares, tendrá evidente ventaja el que acierte á conducirlas del modo que más se acerque á la regla militar y sepa inspirarlas uniforme espíritu, sobre quien, en absoluta ignorancia, solo cuente para alimento de su confianza con el valor fanático ó salvaje de crecidas muchedumbres.*

COTEJO DE SUCESOS ANTIGUOS Y MODERNOS
Y ANOTACIONES DOCTRINALES DEDUCIDAS.

Las reminiscencias y notables analogías que han solido ofrecer en los tiempos modernos algunas campañas é incidentes de las guerras de Africa al compararlas con otras de la antigüedad, á pesar de las trasformaciones experimentadas en el suelo y en sus pobladores, llaman justamente la atencion de cuantos estudian unas y otras; pues no parece sino que, á través de las edades, se mantienen con igual carácter é inclinaciones aquellos númidas, getulos y mauritanos que hemos visto pintados por célebres historiadores, y trabajosamente vencidos por afamados capitanes.

«En Africa más que en ninguna parte (leemos en un »escritor francés), pasan los siglos, pero los hombres y »las costumbres quedan inmutables. Los árabes de Cons- »tantina, de Argel y de Orán son todavía los númidas de »Sifax y de Yugurta; lo mismo que los cabilas del Jur- »jurra, del Aures y de las cadenas de las montañas occi- »dentales del Atlas, son los moros vencidos por Mário, »Suetonio, Paulino, Turbo, Maximiano, Belisario y el be- »licosos eunuco Salomon.» Y el ilustrado *Mr. Berbrugger*, diversas veces citado, observa lo mismo de este modo: «Leyendo las guerras de Firmus y Gildon se admira »uno de encontrar á los indígenas despues de cuatro si- »glos de la administracion romana, exactamente tales »como los encontraron á la invasion. Es imposible no »asombrarse de esta inmutabilidad de la raza bereber que »atravesara todas las dominaciones extranjeras que se han »sucedido en la Africa septentrional sin perder uno solo »de los rasgos que la caracterizan, sin tomar uno solo de »sus conquistadores: abandonando al vencedor los valles

»y los llanos fértiles, se deja acantonar en las más ásperas
 »montañas, y una vez arrinconados en altos y descarna-
 »dos riscos, parece sacar del contacto de aquella ruda
 »naturaleza la irresistible fuerza que su abuelo Antheo
 »encontraba tocando la superficie de la tierra; vió caer á
 »los romanos y se encontró viva y fuerte despues de su
 »lamentable caída; vió pasar las dinastías árabes; soportó
 »el establecimiento de los turcos, y hoy espera todavía
 »que el águila francesa se irá un día, como se fué en otro
 »tiempo la del pueblo-rey.»

Largo pudiera ser el paralelo de campañas y sucesos antiguos y modernos en apoyo de estas semejanzas é inmutabilidad, pero nos limitaremos á indicar principalmente como más exactos los referentes á la guerra de los franceses contra Abd-el-Kader, caudillo cuya personalidad y operaciones se han comparado muchas veces con las de Yugurta y Tacfarinas.

En un libro publicado en 1840 por *Mr. A. G. Rozey*, se describe así, aunque con algo de pasión, esa primera analogía: «Nuestra posición en la Argelia tiene admirable semejanza con la de los romanos en el mismo país después del vergonzoso tratado de paz concluido por el cónsul Calpurnio con Yugurta, jefe de los nómadas. Las dificultades que experimentaron los romanos en la conquista, se han presentado y se presentan todavía para nosotros en la Argelia: la turbulencia feroz de las tribus nómadas, su perfidia y crueldad no han cambiado después de dos mil años más que las localidades. Las mismas circunstancias que hicieron surgir a Yugurta, han dado lugar á la elevación de Abd-el-Kader: se diría que la conducta del uno está calcada en la del otro. Yugurta vino á ser el punto de reunión de las aspiraciones de nacionalidad nómada, como Abd-el-Kader ha venido á ser el de la nacionalidad árabe. Yugurta hizo alianza con Boccus, cuyos Estados limítrofes le ofrecían asistencia

»para la guerra y refugio para en caso de derrota. Circunstancias análogas han llevado igualmente á Abd-el-Kader á escoger por aliado al moderno sucesor de Boccus, el emperador de Marruecos. Yгурта, no pudiendo resistir abiertamente á los romanos, buscó el ganar tiempo para organizar su sistema de guerra. Abd-el-Kader, demasiado débil al principio para sostener lucha contra Francia, ha seguido la misma línea de conducta, haciendo con nosotros un tratado de paz (el que se llamó del rio Tafna) bastante semejante al que Yгурта obtuvo de Calpurnio. Yгурта no se quitó la máscara sino cuando se creyó bastante fuerte para medirse con el ejército romano. Tal es también la conducta de Abd-el-Kader.»

Al leer las operaciones y persecucion que á este Africano de nuestros dias dirigió el general Bugeaud, se trae á la memoria el relato de Tácito, donde trasmite las de Bleso contra Tacfarinas; la sorpresa hecha á su campo por Dolabella parece ser modelo que se copió en la de la *Smala* del Emir por el duque de Aumale; y el triste episodio del coronel Montagnac cerca del marabut de Sidi-Brahim en 1845, se asemeja en algo, no en la cobardía de los legionarios romanos, al de Decrio en aquella guerra de Tacfarinas. Por último, el sistema Bleso, de ejecutar algaras y razzias sobre las tribus rebeldes, como ya antes de él habian hecho otros cónsules romanos, tomó carta de naturaleza para ser imitado despues por los bizantinos, los vándalos, los árabes, los portugueses y españoles desde las plazas que poseyeron, y en el presente siglo por los franceses desde el comienzo de sus guerras en la Argelia.

Es importante se tenga presente que la cualidad de marabuto ó santón, añadida al prestigio que por su saber y valor adquirió Abd-el-Kader entre los árabes y kabilas, le facilitó el arrastrarlos á su causa, pues el influjo reli-

gioso ejerce considerable poder entre las masas de mahometanos. Por la predicacion de sectarios fervorosos se han visto en el capítulo VII originarse terribles levantamientos y fundacion de dinastías en Africa; y puede creerse que pasados siglos hubiera sido tal vez el Emir, como Abu-Beker ó El-Mehedí, iniciador de otra en términos parecidos á la Almoravide ó la Almohade.

Los marabutos gozan á veces, por esa influencia de la beatitud, de ilimitado poder en las muchedumbres; intervienen en las cuestiones y querellas que ocurren entre las tribus; proponen ó sancionan el nombramiento de los más dignos para jefes ó para representar el grupo de varias reunidas en ocasiones que así conviene; son consultados ú oídos con profundo respeto para todo asunto grave, y con sus arengas ú oraciones para la guerra santa arrastran á la multitud hasta contra la voluntad del mismo sultan de Marruecos.

La propension á las inquietudes y sublevaciones parciales de las comarcas ó de las tribus, que tantos trabajos exigió á los dominadores romanos, la encontraron de igual modo arraigada los árabes; sobre lo cual le escribía al califa Abd-el-Melic, uno de los primeros gobernadores de Africa: «Conquistar el Africa es imposible; apenas una tribu ha sido exterminada, otra se levanta en su lugar.»

Al fusionarse los invasores con las razas indígenas y al mahometizarse éstas, lejos de variar en su índole y cualidades propias, las comunicaron á los nuevos africanos; de modo que reforzadas con los preceptos del Corán como de estímulo para la guerra santa; aceptando el principio de *que no sea ilícito engañar á los cristianos y desdecirse de cualquiera oferta ó trato*; reconocer por preferente máxima militar de *que el huir á tiempo podrá despues darles la victoria*; y el ostentar un arrojo fanático, feroz y sanguinario *cuando se consideran superiores*, constituyen la esencia de sus especiales condiciones morales para la guerra.

Como en la época de Masinisa y Yugurta se reúne hoy en Africa un ejército en pocos días, de contingentes de á pié y de á caballo procedentes de todas las comarcas, tribus y aduares, en particular si son llamados contra cristianos; pero también ahora, como en la antigüedad, la indisciplina y desorganización, la falta de socorros ó mantenimientos y el estrago que causan en los campos, hacen imposible que permanezcan reunidos sino breve tiempo: con igual facilidad se verifica la disminución y se sigue la dispersión total de esas nubes de ginetes y peones, ya por efecto de la necesidad, ya á consecuencia de una derrota ó de un suceso desfavorable; mas esto no impide que luego, trascurrido corto plazo, vuelvan á acumularse las mismas ó mayores fuerzas.

En la costumbre de tales dispersiones, en la huida á la veloz carrera de sus caballos y en la extraordinaria agilidad de los kabilas montañeses á pié, consiste el secreto instintivo que les guía para sustraerse á la acción del enemigo y vencedor, que desespera del poco resultado que sobre el campo le proporciona la victoria: por esto exclamaba uno de los escritores franceses, al ocuparse de la conquista de la Argelia: «En todas las batallas más dichosas de los romanos en Africa, se observa que jamás cogian prisioneros sino muy pocos númeridos, y nosotros, después de trece años que combatimos en la Regencia argelina, apenas hemos logrado hacer escaso número de prisioneros.»

Todas las relaciones convienen en describir con iguales caracteres de generalidad los métodos y prácticas de guerra de los africanos, así en los siglos pasados como en el actual; lo mismo en las grandes batallas que en las acciones secundarias, en los pequeños encuentros, en las correrías, algaras y razzias. Propenden á extenderse en una línea que envuelva á sus contrarios; lanzan á la carrera millares de ginetes que disparan sus espingardas y

se retraen velozmente para repetir el procedimiento, espiando el momento en que vean quebrantarse ó ceder terreno las tropas que tienen al frente; y en eso, con la ausencia de órden compacto de formacion, con el predominio del valor é iniciativa individual para las añagazas y con la costumbre de vocear, dando gritos amenazantes en ciertas ocasiones, se encierran los accidentes más principales que les son habituales. Hay, sin embargo, una distincion que hacer respecto á los kabilas habitantes de los núcleos de montañas, que bien sea en el Jurjurra, en el Aurés, en el Riff ó en Sierra-Bullones, batiéndose siempre á pié, son más pertinaces que los árabes del país llano, defienden sus míseras viviendas fijas y saben aprovechar las asperezas y las fragosidades de la tierra para deslizarse atrevidos al ataque ó para retirarse ocultos al ser rechazados ó perseguidos; el amor al pobre suelo y á los *gurbis* donde se cobijan, les comunica ese valor y destreza para defenderlos, que se observa comun en todas las regiones montañosas; mientras que á los ginetes de las tribus nómadas, como ningun interés de localidad les mueve á sacrificarse, nada les detiene para abandonar el terreno que pasajeramente pisan.

Algunos extractos y referencias nos parecen aquí conducentes en apoyo de esas indicaciones.

Inmediatamente despues de la toma de Mazalquivir (Mers-el-Kebir) en 1505 por los españoles, que fué una de las expediciones que inauguraron la série de empresas de sus armas en aquel siglo, escribió el capitán Gonzalo de Ayora al rey Católico lleno de ilusiones y dándole cuenta del feliz suceso, ponderando la importancia de la plaza y proponiendo en detalle las fuerzas que, segun su opinion, debian quedar en ella para proseguir las conquistas; con cuyo motivo decia: «Sin dubda yo seria de parecer que con un ejército desta manera, que toda Africa se conquistaria con poca resistencia, por las grandes dis-

» cordias de los moros, y por la su manera de guerrear, en
 » que claramente confiesan su flaqueza y poco saber, por-
 » que luego se forman como su enemigo quiere, porque ellos
 » huyen de quien les acomete, y si su enemigo los sufre y está
 » quedo, á la hora se paran y pierden la esperanza de vencer y
 » áun la de pelear; y en fin, jamás se muestran fuertes sino
 » contra el flaco y vencido y contra los que fuyen, que son pro-
 » piedades de crueles y de cobardes, que todo es una cosa.»

Hablando Luis del Mármol, en su *Descripcion general de Africa*, de un descalabro que experimentaron los portugueses en la Mamora, año de 1515, se expresa así: «Cosa
 » es muy averiguada en las guerras de Africa que si la infan-
 » tería guarda ordenanza militar en los esquadrones, son poca
 » parte los moros para desbaratar un esquadron de christianos,
 » porque aunque acometen por todas partes con grandes ímpe-
 » tus, si hallan resistencia vuelven huyendo, y si les dan lugar
 » executan maravillosamente la victoria.» Y en otra ocasion describe el modo de pelear de los bereberes de Marruecos, diciendo: «Pelean derramados, cada uno por su parte y como
 » mejor pueden acometer á su enemigo; y en las sierras tienen
 » mucha ventaja, porque siempre toman lo alto y los pasos más
 » dificultosos, y con piedras y peñas hacen mucho daño, y aco-
 » meten con grandes alaridos, tanto que poca gente parece
 » mucha, y suelen muchas veces, con estas voces y acometimien-
 » tos, desbaratar grandes campañas de gentes mal platicas.»

Cuando se aprestaba D. Juan de Austria para la expedicion de Túnez en 1573, escribióle una carta el gran duque de Alba, de consejos y breves advertencias, en la que se lee lo siguiente: «La grito de los moros es muy nueva cosa,
 » áun para los soldados viejos. V. E. podrá juzgar lo que será
 » para los nuevos. No teniendo V. E. caballería, es menes-
 » ter buscar modo para quitar á los soldados el miedo que
 » pueden tener de la de los enemigos. Si el campo de V. E.
 » no hubiese de caminar, con atrincherarse se asegura esto.
 » Pero aver de caminar, esta es la dificultad. Yo he sido

»siempre enemigo de invenciones y nunca las he usado.»

.....
 (Añade que, eso no obstante, le remitía el diseño de una que podia serle útil, y consistia en cierta clase de caballos de frisa.) «*Las escaramuzas, por ninguna via del mundo*»
 »*V. E. las debe sufrir, porque de allí vienen todos los desór-*
 »*denes, y dellas los desastres que han acontecido en Berbería.*»

Al infortunado rey D. Sebastian de Portugal, más temerario que previsor, le escribió tambien el duque de Alba pocos años despues, para disuadirle de la empresa á que se iba á lanzar, y para que en todo caso se abstuviera de internarse en el país; pero como desoyó su consejo y el de otros muchos, y resolvió ejecutarla, le envió de nuevo un corto billete que llegó á sus manos pocos dias antes de la funesta batalla de Alcázar-Quebir, en que le decia: «*Quie-*»
 »*ra Dios que suceda como la cristiandad desea, porque*
 »*las cosas no muy consideradas suelen causar varios efec-*
 »*tos. V. A. advierta que por ser esa parte de la Berbería*
 »*tierra llana, no debe tener sitios fuertes para alojar, y*
 »*así será necesario fortificarse siempre; poniendo en la*
 »*retaguardia la gente más diestra y plática; en vanguar-*
 »*dia la más escogida y honrada; guarneciendo el cuerpo*
 »*de batalla con mangas sueltas de arcabuceria; *asestar la**
 »*artillería á provecho; no desusarse con el Xarife que acom-*
 »*pañá; acometer con orden, y esperar con esfuerzo, que á don-*
 »*de V. A. está no habia necesidad deste aviso.*»

Inútiles fueron tan oportunas prevenciones: llevado el jóven monarca de su ardor y grandes esperanzas de gloria, olvidó la sagrada y militar sentencia de que *el hombre prudente prevalecerá sobre el valiente*, y con ella desatendió los consejos que se le dieron sobre no penetrar en el país, sobre el modo de guiar la hueste, de utilizar la artillería, *de acometer con orden y de esperar con esfuerzo*; cosas todas que sabian perfectamente muchos de los portugueses y castellanos que le acompañaban, porque eran veteranos

de otras guerras en Africa; y por eso esplicaban la catástrofe los que sobrevivieron, diciendo que «tenia que suceder así cuando tomado el camino de Alcázar se le ofreció al enemigo ancho campo para reunir inmensa morisma y envolverlos, y cuando con arrogancia se le atacó sin concierto, descomponiendo el órden cerrado en que consistia su ventaja y dando lugar al inevitable desórden, mayormente por falta de aplomo y solidez en gran parte de las tropas, que eran recién levantadas.»

Para que hagan paralelo con las anteriores citas, daremos ahora otras de la presente época.

El general francés Bugeaud, despues titulado duque de Isly, el más experimentado maestro de la guerra de Africa en la Argelia, dice así en uno de sus escritos: «La guerra, en general, no consiste solo en las grandes batallas: es el cálculo de las marchas; su órden; las fatigas; los reconocimientos; *el servicio de avanzadas ante los árabes, tan ligeros, tan astutos, tan emprendedores; la organizacion y conservacion de los convoyes, que son la base de toda operacion en este país donde el enemigo al huir no deja nada detrás de él;* el arte de infundir y conservar buena moral en las tropas cuando se recorren ó atraviesan terrenos de ardientes malezas, donde es una dicha encontrar un hilo de agua para que beba la columna; *la vigilancia, la prudencia en todos los instantes, que se hace preciso tener ante los nómidas modernos; en fin, los combates contra esas muchedumbres cuyos gritos, cuya intrepidez individual y hasta su mismo desórden tienen algo de fantástico, que causa cierta especie de pasmo, y que suele sobrecoger de embarazo á los militares acostumbrados á la regularidad de los ejércitos de Europa, porque no reflexionan en el momento en la poca fuerza de cohesion que llevan tales turbas, sin organizacion, sin táctica y sin disciplina.*» (1)

(1) *Lettre d'un Lieutenant de l'armée d'Afrique á son oncle, vieux soldat de la Revolution et de l'Empire.* Alger, 1841.

En otro librito en que el general *De Bar*, del mismo ejército francés, consignó las reflexiones que le sugeria esa clase de guerra, se encuentra el siguiente párrafo:

«No son más temibles, á pesar de su número, los kabilas que los ginetes árabes, pues sucede en toda reunion de hombres sin organizacion ni disciplina, que la multitud no aumenta mucho su fuerza verdadera. Ocurren casos á menudo en la actual guerra, que inducen á creer que son más fáciles de batir cuando se presentan más numerosos; porque entonces hay entre ellos ménos concierto y mayor confusion. ¿Quién seria capaz de dirigir en conjunto y con oportunidad una masa de cinco ó seis mil kabilas....? No pueden obrar con inteligencia sino cuando os retirais, pues entonces, siguiendo cada uno sus hábitos y sus instintos de guerra, os persigue de roca en roca y de emboscada en emboscada. Por esto es preciso aceptar el combate, por muchos que sean los kabilas, lo mismo si os acosan en la marcha que si se os oponen en posicion sobre el camino que debeis seguir.» (1)

En conformidad con esta idea referente á los kabilas, podemos dar la respuesta que oimos despues de hecha la paz con Marruecos en nuestra última guerra (año 1860) á uno de los principales jefes enemigos al ser interrogado por qué no intentaron, particularmente en los primeros dias de la campaña al frente de Céuta, un ataque decidido con fuerza compacta para establecerse en las posiciones que ocupábamos, y por qué tampoco quisieron aprovechar la noche con ese fin: «¿Cómo podeis creer posible que con gente desordenada, que no guarda formacion ni quiere pelear más que á su antojo, les obligásemos á ir reunidos y obedientes para manejarlos segun haceis con vuestros

En las *Instrucciones prácticas para las tropas en campaña*, y en otros escritos del mismo Mariscal, se encuentran excelentes lecciones para la guerra de Africa.

(1) *De la strategie, de la tactique, de retraites et du passage de defilés dans les montagnes des kabyles*. Alger, 1845.

»batallones....? Se les contiene difícilmente cuando quieren avanzar por donde mejor parece á cada uno; una vez lanzados ya, no hay quien les dirija, nada escuchan y es escusada toda diligencia: por precision tenemos que dejarlos obrar siguiendo su instinto y los impulsos de su valor, y quedan, por consiguiente, árbitros de insistir en el ataque, de sostenerse ó de huir en desbandada. Y si así sucede durante la claridad del dia, ¿qué podríamos prometernos de noche en estas fragosidades, á no ser alguna sorpresa de puesto avanzado ó promover inútil alarma en el campamento?».

La cuestion de la marcha en operaciones de un ejército, una division ó una columna en Africa, exige siempre suma prudencia y gran prevision, no solo porque los enemigos se presentarán de continuo á hostilizarla ó aparecerán repentinamente en multitud para detenerla, sino por las molestias y terribles privaciones que impone á las tropas la falta de poblados, la desnudez y sequedad de la tierra en muchas partes, ó lo abrupta, fragosa y salvaje en otras; circunstancias todas que obligan á llevar largo convoy ó á que cargue el soldado con exceso de peso, á que se prolongue la columna en los pasos difíciles, á atender con mayor cuidado de la seguridad de los flancos y retaguardia y, por consiguiente, á que se avance despacio y que las jornadas sean cortas. No bastando en ocasiones el órden en columnas separadas que dejen en medio la de toda la *impedimenta*, precedidas de fuerte destacamento por vanguardia y cerradas de otro respetable por retaguardia, vimos que Mário llegó hasta adoptar la formacion de un gran cuadro, en cuyo órden, al cabo de cuatro dias de marcha, recibió el ataque de Yugurta con su innumerable caballería númida cerca de Cirta, logrando rechazarla sin alterar dicha disposicion.

Ese fué el primero y más notable ejemplo que hubo en Africa de tal formacion, que más adelante imitó Teo-